

DEGASO

Montecatini, Enero de 1924.

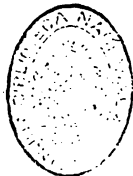
N.º 67 — Año VIII.

1.º - 12 de 1923

La morte del poeta Giulio Raul Mendilaharsu

*Pensiero irrequieto con ansia di bellezza
mai soddisfatta, il core profeso come un arco
quando il dardo s'incorda,
tutti i sensi vibranti all'armonica ebbrezza
della vita, sereno, come eroe di Plutarco
nel tumulto dell'orda.*

*Una tazza novella cantava nel suo canto
nostalgico di luce, di libertà, d'amore;
un canto proteiforme.
Il poeta è la voce del suo tempo; è suo canto
ammorire ridendo; riso di redentore.
Ora il poeta dorme.*



*Dorme l'ultimo sonno; l'eterno, l'improvviso
sonno che abbatte l'uomo con immane stanchezza,
scandagli la meta.
E' l'immane stanchezza che scolorì il suo viso,
ci scolorì le labbra, tremule dell'ebbrezza
del pianto. Oh no, il poeta.*

*Il poeta non muore; il suo corpo scompare;
la sua donna il suo bimbo vedon la sua figura
in lor sonno febbrile.*

*Al suo dolce fratello, come l'altro giorno
li dice egli chiaro, l'altro suo fratello,
il sorriso gentile,*

*ed il suo dolce canto che si ha in ogni cosa;
il suo canto, ch'è il canto di un cuore nella
nostalgia di luce,
nostalgia d'è notte. Ah il gatto, il gatto!
Se la terra lo nasconde, sorge in cielo una stella
che illumina e conduce.*

JOSÉ PLATON.

LA PERSONALIDAD DE MAURICE BARRÉS

Al analizar la personalidad de Maurice Barrés, se ha pretendido separar al político del escritor y colocarlos en actitud opuesta. ¡Vana tarea es tratar de disociar esos dos elementos armonizados tan substancialmente en movimientos inquietos y ondulatorios: tan infructuosa como obstinarse en demarcar precisamente el límite entre el pensador y el artista!

Su obra, su espíritu, originales y complejos, no admiten una etiqueta sin sentirse comprimidos, retaceados. ¡Cómo aprisionar en un nombre, en un sistema, la curva fugitiva y serpenteante de una sensibilidad! De un pensamiento rico, añadiremos con Rodó.

¿Se le puede calificar, acaso, como clásico, como romántico? Procede de su época por reacción.

¿Filósofo? Su pensamiento independiente no sujeto a ninguna fórmula, a ninguna escuela, viste la túnica luminosa del arte. Sus ideas viven, todo su ser se estremece siguiendo el ritmo de las vibraciones cerebrales.

¿Novelista? ¿Qué importa si los personajes abandonan la vaga designación de su primer trilogía: el joven, la joven, para tomar un nombre propio, si el mundo exterior aparece sólo como un reflejo del universo interno, si la acción es sólo un desprendimiento del análisis íntimo? Aunque, como él mismo lo dice hablando de su método, diseque las almas sin pretender sacar ideas generales, sus figuras cobran a veces

la actitud y el valor de un símbolo. ¡El Bouteiller de "Le Roman de l'Energie Nationale", no es el símbolo de la razón fría, en "L'Ennemi des Lois". Andrés Malterre, el de la anarquía idealista; Clara, el de la mujer en quien la cultura cerebral "ha creado inquietudes de hombre, sin quitarle su melancolía femenina! ¡La tesis de "Le jardin de Bérénice" no establece la concepción barresiana del alma humana, con sus dos elementos masculino y femenino!

¡Poeta! El estilo pulcro, etéreo, su prosa musical, poseen los matices, la melodía poética.

¡Artista! El Oriente, la España y la Italia artísticas desfilan ante nuestros ojos deslumbrados coloreados por su paleta, reanimados por su sensibilidad. Es la visión subjetiva de un artista que define sus emociones

Esa fusión compleja creó el alma paipitante, la mirada de águila, la mueca irónica y desdeñosa del genial autor de "Le Culte du Moi". Prolijo en viviseccionar las sensaciones, empaña su frase, casi toda su obra, en una bruma que es preciso perforar. La idea se envuelve en una obscuridad rebuscada, los finos hilillos se entretrejen, se enredan; cuando se ha creído asir su pensamiento, ya se ha encubierto, nos es preciso volver sobre nuestros pasos, establecer concordancias. Esta característica perfila sobre todo "Le Culte du Moi", "L'Ennemi des Lois", "Du sang, de la volupté et de la mort". Con él estamos muy lejos de la claridad psicológica, de la precisión matemática, de un Bourget, de un Stenúhal. Barrés—permítaseme la expresión—coquetea con el lector.

No basta leerlo, no basta entenderlo, no basta sentirlo; nos es preciso hallar en nosotros mismos un rasgo de su fisonomía interna para saber comprenderlo.

Maurice Barrés es un solitario. Es un alma que se

escucha y canta sus melodías sin preocuparse de la opinión.

"Soy un escritor que busca, que pretende crear un público para sus obras", escribe a Bourget. Si logró más, si llegó a ser ídolo de muchos espíritus escogidos que descubren, reflejados con diáfana fosforescente, las sensaciones indescribibles de su propia alma, no descendió nunca a escribir para el público.

Preparada por el idealismo sinuoso y cálido de Taine y de Renán, ¿cómo acogería, la Francia intelectual, su obra de iniciación "Le Culte du Moi"? Las naturalezas jóvenes hallaban, en el desdén nostálgico de su individualismo estético y refinado, el verbo no aún pronunciado, y lo erigían en su maestro. Los reaccionarios sometidos a la regla y a los prejuicios se estremecen. Presienten el influjo encantador del novicio, que penetra en la carrera en postura de gigante, y hablan de anarquía, de desorden moral. ¿Es, acaso, posible, edificar una moral sobre la base del culto de sí mismo, sin ninguna ley, ninguna disciplina? Barrés no se erige moralista.

Desde la adolescencia, su espíritu dotado de una movilidad curiosa y meditativa, gustaba una secreta voluptuosidad en ahondar las sensaciones, las oscuras, las infinitesimales. Avido de vivir, de utilizar sus energías, busca desesperadamente la clave del enigma del propio yo. Ya hombre, dueño de sus impresiones, contempla con mirada melancólica el camino recorrido, adivina en los jóvenes de la generación presente las mismas crisis que han atormentado su alma, y emprende la tarea de alambicar objetivamente sus sensaciones para subir con ellos la cuesta y enseñarles a vivir.

Discípulo independiente de Renán, sin poseer la profundidad filosófica del maestro, lo acompaña cuando concede a cada uno "el derecho de forjarse a su

manera el romance del infinito", cuando dice: "La religión establecida sobre el dogma, no basta; ella comprime el espíritu humano." "La filosofía y la ciencia perseguirán inútilmente la verdad absoluta." Y se aparta del maestro cuando su absoluto en la intuición inmutable es el alma humana del bien y del mal.

"No hay ideas innatas, exclama Barrés. Somos una adición de fuerzas inconscientes y cambiantes. Es preciso descubrirse, cultivarse. Y derriba las fórmulas seculares de bien y mal, virtud y vicio, para consagrar su dios, su verdad en el culto del Yo.

"La única realidad tangible es el Yo." "La realidad no es inmutable, varía en cada uno de nosotros; es el conjunto de nuestro modo de ver, de sentir, de razonar." "El culto de sí mismo no consiste en aceptarse por entero. Esta ética, en la que hemos puesto nuestra ardiente y única complacencia, reclama de sus súbditos un continuo esfuerzo."

Y sustituye al deber como obligación; el deber como sentimiento estético; el bien por el amor de la belleza, por la civilización personal.

Barrés, se ha dicho, al escudriñar sus abismos interiores, halla un germen morboso y lo cultiva amorosamente; es el sensualismo más peligroso; el refinamiento de la sensualidad. ¿El "aficionado a las almas" desciende acaso a las sensaciones groseras? El animal inteligente esconde siempre el alma humana en la estatua de carne. Si se recrea en sentir palpitar dentro de su pecho "un corazón capaz de los más bellos desórdenes, jamás sofoca su idealismo, sabe conservar siempre la elegancia interna".

Su espíritu elástico posee vibraciones místicas para asimilarse a "las angustias de Pascal". Y llora con él "lágrimas que vienen de las ideas y no de las pasiones." "Lágrimas de una inteligencia que se emo-

ciona." Tienen acentos piadosos para sentir "la gran piedad de la Iglesias de Francia". Y los católicos estremecidos, pretenden descubrir una conversión donde existe solamente un alma dúctil y comprensiva, capaz de encontrar en sí misma el eco de la belleza de todos los sistemas.

Esa común tendencia a encerrar en un "ismo" cada concepción del pensamiento humano en oposición a todos los demás "ismos", ha creado la fiección del renunciamiento de Barrés. Y se transforma en egoísmo en tradicionalismo.

El maestro ha descendido de su "mirador" y se mezcla a los gritos de la calle, gimen muchos discípulos del egotista. El rey depona su cetro, es nuestro, entona el coro reaccionario.

¡Por qué colocar a Barrés—repetiremos la gastada expresión—en la torre de marfil del misántropo? Barrés se aísla en una celda de cristal. La planta delicada se cultiva en invernáculo. La visión externa se refleja en la transparente pared protectora. La raíz desprendida de la tierra se anemiza, es preciso brindarle un alimento, un fortificante, arraigarla.

El contemplativo asomado a su ventana observa los movimientos grotescos y febriles de los Bárbaros; el hastío arquea sus labios, las pupilas siguen insistentemente los movimientos de la multitud anónima, buscan, bajo la envoltura, el alma, el sentimiento, el móvil, y exclama: "Ningún ser humano está desprovisto de poesía." El Yo sediento clama por la acción como "propulsora de energía." El contemplador de sí mismo entrega al ser activo el instrumento, lo acompaña con la mirada, ordena y rige sus voliciones. ¡Se despoja de su Yo o trata de enriquecerlo? Y es para muchos un Barrés desengañado de su egotismo, orgulloso y feticio, el que publica algunos años

más tarde "Le Roman de l'Energie Nationale". Analicemos paralelamente sus dos trilogías. (1)

El protagonista de "Le Culte du Moi", presiente a los Bárbaros desde el colegio. La grosería de los compañeros, la trivialidad del ambiente del liceo, irrita su delicadeza de alma, y confiesa su placer en retirarse a un rincón del patio para llorar en silencio.

Su organismo reacciona, los gérmenes inconscientes empiezan a vivir; el Yo aspira a cultivarse armónicamente en contradicción con los que no pertenecen a su misma raza moral, ya fueren eruditos o letrados. Asoma una cabeza curiosa sobre las brutalidades de París; pero la contemplación le impide sumergirse en la cloaca. Bajo su mirada desdeñosa, la caravana de los Bárbaros pasa y se agita en grotescas contorsiones.

La soledad moral se agranda, el cerebro vacila, el Yo no se basta a sí mismo, llama el alma gemela. El poeta que hay en Barrés grita en las últimas páginas de "Sous l'oeil des Barbares": "Quisiera llorar, ser arrullado; quisiera desear llorar... ¡Ah! tener algo que desear, algo que deplorar, algo que llorar, para no tener más la garganta seca, la cabeza vacía, los ojos flotantes, en medio de los militares, los curas, los ingenieros, las señoritas y los coleccionistas!"

¿Halló nunca Barrés el otro sí mismo? ¿Fue un hombre, fue una mujer? Ni aún a su obra se da por entero, se desgrana en cada una de sus producciones; pero nos es imposible reconstruir al hombre. Barrés no se confiesa. Y puede exclamar con uno de sus discípulos, Francis Hermans: "Entrebro las persianas

(1) «Le Culte du Moi»; «Sous l'oeil des Barbares»; «L'homme libre»; «Le jardin de Bérénice»; «Le Roman de l'Energie Nationale»; «Les Doraciées»; «L'appel au Soldat»; «Leurs Figures».

do mi alma cerrada al mundo y que calcina un amor vehemente..." (1)

El Yo aspira al amor, a la fusión física y espiritual, sin enajenar su libertad interior. El amor barrésiano es una cosecha de sensaciones, es la conciliación entre la vida sensitiva e intelectual.

El "hombre libre" advierte que sufría agitándose sin tradición. Se interroga, se analiza y descubre en sí mismo una especie de flotamiento. Ahonda la vivisección hasta las íntimas raíces de su ser, encuentra la génesis del instinto de asociación y "se comprende como un instante de algo que ha existido y continuará viviendo después de su muerte." El Yo se perfecciona y se aumenta, injertándose lo asimilable del pasado. "A fuerza de extenderse, el Yo se refunde en el Inconsciente, no para desaparecer, sino para aumentarse con las fuerzas inextinguibles de la humanidad, de la vida universal." El alma de los otros individuos, de la sociedad, del universo, se colorea ante sus ojos.

El Yo toma un nombre propio en el tercer volumen. Felipe encuentra un apaciguamiento a sus inquietudes interiores en "Le jardin de Bérénice". El Yo se sutaliza y sale de sí mismo. El cuerpo es sólo una envoltura. Sus miradas se pasean con serenidad idealista sobre las elegantes apariencias carnales de Bérénice para apropiarse de su alma melancólica y sutil. "El amor es el esfuerzo de dos almas para completarse, esfuerzo entorpecido por la existencia de nuestro cuerpo, que debemos procurar olvidar." La vida sentimental e intelectual ocupa siempre, para Barrés, el primer plano; el alma no sólo es más hermosa, sino *mayor* que el cuerpo.

(1) «*Prière de Sang et d'allegresse*», Prix Rohan de l'Académie Française 1923.

Felipe intenta conciliar las prácticas de la vida interior con las necesidades de la vida activa. Defiende su Yo de las intromisiones extrañas, a fin de entregar a la política "sólo aquella parte de sí mismo, apta para comunicarse con los demás hombres." Contempla desde su celda transparente Aiguemortes, Arbes; y descubre bajo el aspecto visible la naturaleza etérea, la conciencia de las ciudades, de las cosas: son obras de hombres, irradiación de sí mismos, amasadas con lágrimas y afanes.

El "egotismo divino" de Barrés, como lo califica Anatole France, se alza en un vuelo metafísico; vibra al unísono en la universal armonía. El Yo se siente infinito.

Y pueden todos los adversarios, todos los ingenieros Martin, símbolo del espíritu geométrico, intolerante, cultivado a medias, contrariarlo, saltarlo, sin lograr turbar su visión interna.

En "Le Roman de l'Energie Nationale", Sturel, el personaje a quien Barrés haya dado más de sí mismo, siente que una línea, un punto, la "ecuación personal" lo separan de sus compañeros de liceo. Reconoce que debe reservarse un fondo immanente y saborea en el aislamiento el tumulto de sus sensaciones.

Bouteiller se figura crear individuos desarraigados de su tierra, de sus familias, para elevarlos a la razón universal. Incita a sus discípulos a evadirse de sí mismos, a inmolarsé sin reservas a la sociedad, y empuñando la moral kantiana con la rigidez inmutable de un dogma, pretende imponerles *su verdad*.

Sturel se agita entre las sábanas de su lecho del liceo y siente surgir desde lo hondo de su alma, ocultas rebeliones. Inconscientemente intenta desasirse de la garra viscosa y helada del maestro. Se busca a sí mismo, quiere ser hombre, luchar, triunfar.

La planta lorena se trasplanta a París. La carava-

na de los Bárbaros se balancea, se precipita, entre las sombras del crepúsculo parisiense. Hombres pesados o ligeros a la casa de mujeres, toda la escala de la persecución al dinero, desde el comerciante millonario hasta el desgraciado que busca desesperadamente una moneda de cobre para pagar su cena. Cazadores y presas rozan, codean, sin alterar su tranquilidad ideológica, el Yo que se estudia y quiere afirmarse.

Sturel busca las vibraciones amorosas como un aumento de su personalidad; más por el placer de escucharse querer, que por el de sentirse querido. No es la pasión tirana que obliga a olvidarse de sí mismo, es el amor melodioso.

“Vivir para pensar”, exclama Taine por boca de un discípulo. (1) “La vida contemplativa es un renunciamiento”, responde Barrés por boca de Sturel. “Ser, ser plenamente, favorecer todas sus impulsiones internas, las intelectuales, las sentimentales y combinarlas con la vida activa.”

Sturel advierte en la fiebre “boulangista”, el despertar de la conciencia nacional. Descubre en sus estremecimientos un reflejo de su concepción de la República. Los oscuros abismos de su Yo se van clarificando. Bajo la estatua de Gambetta, surge ante los ojos de Sturel, el verdadero Bouteiller. Al chocar contra una masa rencin, el intelectual que, pálido e imposible imponía *su verdad* a unos muchachos indefensos, se congestiona, vocifera, insulta. Profesor y discípulo cambian una mirada provocadora de hombre a hombre. Sturel se siente libertado.

Recorriendo la Lorena, Sturel se asimila el rastro de sus antepasados, respira *su atmósfera* en las orillas del Mosela, palpa las huellas de la cadena de los

(1) •Las diez y siete. El arte de Paine.

seres que transmitiéndose unos a otros algo de sí mismos, han contribuido a formar su personalidad.

Esa Lorena, esa "Francia inmortal", reflejo e irradiación de su Yo, es preciso defenderlas de la barbarie teutona.

Barrés, desde su sillón de la Cámara, escruta "Leurs figures". Su mirada atraviesa las máscaras y revela el verdadero rostro de los histriones. Su clarividencia irónica y despectiva, señala los móviles complicados y desmonta los engranajes del vergonzoso negocio de Panamá.

La crisis interna de ambos protagonistas no presenta las mismas fases: primero, la vida meditativa, la busca del Yo, después para calmar la sed de acción, entrega a la vida activa una parte de sí mismo y se vuelve todas las noches al retiro espiritual para afirmarse y comprenderse.

El egotismo de Barrés consiste en entregar a la sociedad una personalidad reacia a la sugestión del ambiente; no abandonarle una sustancia plástica para modelar a su antojo. Cada uno debe esculpir su propia estatua con los materiales que ha recibido de la naturaleza. La cultura de sí mismo es una "psico-ontogenia" que se eleva a la "psico-antropogenia", para substituir a las opiniones convencionales la propia concepción del universo, en oposición a la tendencia a reforzar el propio pensamiento y encajarlo en una filosofía, un partido político. Religión, patria, moral, tradiciones, no son para Barrés entidades cielescas a las que sea preciso someterse, adorar de rodillas; son fenómenos sociales que cada uno debe llevarse a su gabinete de estudio para disecarlos, injertarse lo asimilable y arrojar los desperdicios por la ventana.

No responden unánimemente los dos trípticos al motivo de la exposición de "Le jardin de Bérénice": "¡Advertir a varios lectores incapaces de compren-

derlo fácilmente, que una afición por los oprimidos es el desarrollo lógico del desprecio de los Bárbaros y del culto del Yo"

BENÉ LEROY.

MARÍA SARA REY ALVAREZ.

Bruselas, diciembre de 1923.

JEREZ

Del libro «Cantos de la Raza», que
aparecerá en breve.

*Blanca, limpieta, alegre, toda llena
de cantares y besos rumoreantes;
prendida de jardines lujuriantes
que la perfuman como una serena*

*noche del Ecuador; tibia, morena,
se aparece Jerez a los viandantes
coronada de vides coruscantes
como un trasunto de la tierra helena.*

*El murmullo solar de las guitarras
llena toda la paz de los vergeles;
racimos de oro tiemblan en las parras;*

*aroman por la noche los claveles,
y entre un gran bordoneo de guitarras
destreza una mujer coplas de mieles.*

VÍCTOR PÉREZ PETTY.

EL BAILARIN

*Cada actitud tiende el arco triste del destino
más allá de las cosas de la noche y del día.
Contaban los collares sobre el cuerpo adivino
y alegre. ¿De dónde viene su alegría?*

*Quise encontrar esa pura sabiduría,
ese puro misterio tembloroso y divino.
Mi corazón danzaba sobre mi mediodía
cuando oyó en las ajorcas el canto del destino.*

*Agil de gozo, libre, fuerte, en los triunfales
saltos en que sonaban címbalos y timbales
su cuerpo era una lámpara. ¡Su gran cuerpo profundo*

*bailaba entre las manos solitarias de Dios!...
Miré la curva triste de su torso veloz
como si revelase el misterio del mundo.*

FERNANDO PEREDA.

1923.

DE CRÍTICA

Sobre "Crítica Negativa" de Nicolás Coronado

Dichosa orientación la que mueve a proclaros cultivadores del arte de "Clarín" a internarse por las vías rectas y simpáticas de la bien entendida crítica literaria, porque sirve para poner de relieve los verdaderos valores, de aquellos que, vagando detrás de una soberbia y alentadora quimera de superiorización espiritual, se han dado de lleno a cultivar el arte de Erato o de Talía, o se han internado en las quisicosas de la crítica militante o de las especulaciones históricas o sociológicas. Como muy bien me lo decía Daniel Martínez Vigil, un espíritu claro, el crítico, para juzgar a los autores de valía, debe sentirse con plusvalía propia; agregando, que para él, la crítica "era una de las actividades más difíciles del arte literario, pues lo es, a no dudarlo, aquella que consiste en extraer el oro de la belleza de la alación de la poesía o de las escorias de la prosa." Muy simpáticas y atinadas son estas reflexiones del escritor amigo; esa sería la verdadera orientación que supone el dedicarse a la honrosa profesión a que diera fama e inmortal Leopoldo Alas. Pero, por desgracia nuestra, y de las letras en particular, no todos entienden que la misión del crítico debe ser esa, y esgrimen la férula magisteriana como un bisturí, que tiene por única misión destruir, disecar, pulverizar la obra que ha tenido la deudacha de caer en sus manos. Avidos de descubrir defectos y de solazarse con pretendidos errores, son incapaces

de comprender el viejo adagio que nos dice que es de humanos el error: pero para los Zoilos y - los Hermsillas, no cabe esta sabia premisa. No conciben que, como producto del ingenio humano, toda obra tiene que ser necesariamente imperfecta, pues imperfectas son nuestras facultades intelectivas, ya que la naturaleza no ha dotado a todas sus criaturas con el mismo poder de asimilación de las realidades ambientales, ni ha colocado en sus organismos órganos igualmente perfectos. En el individuo todo es relativo; sus sensaciones, sus estados de espíritu, lloran inevitablemente el sello indeleble de sus respectivas personalidades. Ya lo dijo de otro modo, pero con impecable verdad y donosura, el clásico autor de "Las Dolores", en los conocidísimos versos: "Y es que en el mundo traidor, nada es verdad ni mentira", etc.

El doctor Ernesto Quesada, eminente historiador argentino, me decía no ha mucho, al discutir conmigo en una apreciación crítica: "Nada hay más interesante que la pintura de la vida, en su proteiforme variedad: ancho campo tienen todos los temperamentos para aplicar sus personalísimas condiciones a tan seductor estudio. Ciertamente el *homo sum* del viejo Terencio es exactísimo, por más que le confieso que gusto de ver concretadas las preferencias a lo propio como raza, como tierra, como mentalidad. Pero, ante todo y sobre todo, la cualidad soberana es un escritor, autójtaseme ser su sinceridad: en lo que el autor considere ser la verdad, en lo que el lector crea es el error, la sinceridad salva siempre al novelista, al crítico, al productor intelectual." Muy interesantes son, a mi juicio, estas líneas del doctor Quesada, pues de ellas se desprende que el factor individual, diferencial, debe ser tomado muy en cuenta en el curso de una exposición literaria cualquiera. No es que las diferencias fundamentales ambientales, de individuo a individuo, de sociedad a sociedad, sean como una es-

pecie de salvoconducto para cometer las mayores abominaciones literarias y los más grandes delitos de lesa gramática; entiendo que las diferencias esenciales de la sensibilidad y de las condiciones intelectuales, emocionales y morales, que forman el alma o la psiquis de cada sujeto, los coloca en distintos puntos de mira, pues han debido colorir su retina con el reflejo de sensaciones igualmente diversas, a que se han visto expuestos en su paso por la vida.

El crítico no debe olvidar estas características personalísimas; como no debe olvidar que él, a su vez, es un producto del ambiente, y que va a aportar a los comentarios sobre las obras ajenas su manera de ver las cosas, también personalísima, que es laudable si tiene un valor primordial: el de la sinceridad. Pero cuando se critica con un propósito deliberado, con una mala fe evidente, entonces, los que a nuestra vez juzgamos de su labor, no podemos menos de decirnos que el crítico obra obedeciendo a móviles subalternos, ora sea por odio hacia el criticado, ora por miedo personal, o para crearse una situación espectacular en el caso de las letras, armando algazara y haciendo gracias, como el "clown" busca el aplauso fácil con sus piruetas estudiadas. Tal lo que acontece con la "Crítica Negativa" de Nicolás Coronado, que, según el decir del erudito crítico señor Juan Torrendell, "no se ha contentado más que con blancos de altura", para darse mayor tono y significación. En efecto: en ese libro se pone en la picota a muchos de los más significativos escritores del Río de la Plata, entre los que citaremos a Víctor Pérez Petit, Manuel Gálvez, Ricardo Rojas, Delfina Bunge de Gálvez y otros que considero ocioso nombrar. Agrega el crítico de "Atlántida", que "la tarea está preñada de dificultades, porque, en suma, esa clase de crítica, así reflejada, es vana y hasta cómica; fácilmente menospreciable en su pequeñez e insubstancialidad."

El reputado e inteligente escritor quiteño, mi estimado amigo Alejandro Andrade Coello, en su introducción al estudio sobre el artificioso Vargas Vila, expone su situación como procede: "Cortésmente lidiaré contra los que, no desposeídos de ilustración y bellas dotes intelectuales, quieren, por desvíos de escuelas, aparecer como corsarios de las letras... etc.". Yo, en este instante, no encuentro en el mismo caso que el escritor ecuatoriano. En nombre de la crítica honrada y serena, no puedo dejar pasar por alto este libro "negativo", que contribuye a concitar odios contra la crítica que en este caso llamaremos "positiva". Como mi concepto de lo que debe ser el crítico difiere en absoluto de lo que supongo entiende por tal el señor Coronado, creo de interés hacer algunas ligeras consideraciones sobre el asunto; no para disuadir al escritor argentino de que continúe cultivando el género o especialidad escogida, sino como una satisfacción de carácter íntimo, y en defensa de la crítica creadora y fecunda.

En el libro que lleva el sugestivo aunque ingrato título de "Crítica Negativa", raro es el títere que queda con cabeza: su autor, ya nos había sorprendido más de una vez con sus escritos, desde las columnas de "El Hogar" y "Nosotros", de Buenos Aires; digo sorprendido, puesto que a un escritor que sólo vive por y para la negación, poco o nada tienen que agradecerle las letras de su país, pues una obra negativa, en lugar de crear nuevos y eficaces valores, no tiende más que a demoler, lo que indudablemente es mucho más fácil que crear; y, lo que realmente nos decepciona, es que en este caso, el que cultiva la triste herencia de Fray Candil, no goza de personalidad suficiente como para colocarse al frente de los valores literarios de su país. No niego que el señor Coronado no carezca de inteligencia e ingenio: lo que creo a pies juntillas, es que el autor del libro en cuestión,

ha empleado muy mal sus dotes de escritor, dando un eficaz punto de partida a aquellos que se complacen en desprestigiar la crítica, basados, como en este caso, en comentarios como los del señor Coronado, escritos con una buena dosis de "parti pris" y con injusticia evidente los más de ellos; y otros, aunque acertados, no revelan al crítico habilitado para el "doble ministerio de justicia y orientación que le incumbe hoy día, quizás más necesariamente que en otros instantes de la evolución de la literatura rioplatense."

Leyendo la "Divagación Preliminar" con que nos obsequia el escritor de "El Hogar", se ocha de ver de inmediato, que no procede con sinceridad; pues nos dice, refiriéndose a su libro: "que en vano se buscará en sus líneas un rasgo de exaltación o de cólera..."; "Crítica Negativa" destila cólera por los cuatro costados, aunque endulzada, o diluida si se quiere, en sus páginas, por la aparente humildad que alienta en ellas, y que aparece a nuestros ojos como muestra de la más refinada unilateralización de criterio. En esa misma "divagación", el autor nos dice una gran verdad que es imposible desconocer, y que me complace en poner de relieve, como muestra del talento del señor Coronado; dicen esas líneas: "Cada uno es como es, y hay que tolerarlo. Mis pequeños desahogos literarios no alterarán el ritmo de la naturaleza, indiferente y fecunda. Los astros seguirán esparciendo su luz a pesar de todo." Es la única verdad que contiene todo el libro, según tengo entendido ya se le ha dicho al señor Coronado, y es en virtud de ella que quedan vindicados los escritores censurados por el autor.

Si el señor Coronado se concretase a comentar asuntos de su tierra y libros de autores argentinos, no hubiera preocupado nuestra modesta atención con el barbarismo que dice el señor Ricardo Rojas ha te-

nido la desgracia de cometer en las tres mil páginas de su obra, ni sobre el acendrado catolicismo de Hugo Wast, como tampoco nos hubiera interesado mayormente "La Tragedia" del señor Gálvez; dicen por ahí que al buen callar llaman Sancho, y yo, en este caso, no hubiera osado entrometerme en esos asuntos regionales: allá, en la Argentina, hay buenos críticos capaces de darle una rotunda lección al iconoclasta. Pero es el caso, que el señor Coronado arremete, lanza en ristre, contra uno de nuestros más prestigiosos literatos, el doctor Víctor Pérez Petit, en ocasión del reestreno de su "Príncipe Azul", en el teatro "Liceo" de la vecina orilla. Si Coronado se limitase a señalar defectos o a comentar virtudes, en su labor crítica, no hubiese hecho otra cosa que cumplir con un estricto y primordial deber de honradez literaria; pero no ha sucedido así; y so pretexto de hablarnos de "El Príncipe Azul", nos enzarza una serie de consideraciones fuera de lugar, que no tienen el más mínimo andamiaje que las fundamente, todo ello enhebrado de burlas, sátiras y ataques personales, que revelan hasta al más lego un inexplicable rencor contra la personalidad literaria del escritor uruguayo. El señor Coronado sabrá los motivos de malquerencia que tendrá para con el doctor Pérez Petit; pero nosotros, a fuer de sinceros, vamos a decir, en honor a la verdad, lo que ese desahogo literario representa.

Coronado se permite dudar del "talento" del doctor Pérez Petit, y gusta representárselo, según propia confesión, "deambulando por las calles de Montevideo, joven y orgulloso de sus preocupaciones literarias... etc.", y agrega que, con el andar del tiempo, "estrenó "La Rondalla" y fué sucesivamente publicando versos, novelas, artículos y hasta fundó varias revistas literarias..."

Este lenguaje despectivo, le sienta muy bien al cri-

tico: así, dudando del talento de los demás, él se nos presenta como un hombre de talento superior. Así también, reventando en globo a quien ha escrito versos, novelas, críticas, dramas, etc., él, que no ha escrito nada elogiabile aún, parece un espíritu enciclopédico. Pero no nos detengamos en ello. El señor Coronado puede tener sus opiniones particulares, y, cuando su crítica disiente de la opinión que numerosos escritores han vertido sobre el doctor Pérez Petit, su varapalo puede resultar el aplauso consagratorio que faltaba. Vengamos a esa palabreja que parece encantar al crítico.

¿Qué entiende el señor Coronado por "vagas" revistas literarias? Empezaré por manifestarle que el doctor Pérez Petit no fundó "revistas", así, en plural, sino una sola, la cual seguramente el señor Coronado no debe conocer ni de vista, pues son muy raras las colecciones que se conservan de "La Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales", que trasunta uno de los más intensos movimientos literarios que registran los anales de las letras americanas. Dice Torrendell a este respecto: "Audacia desde luego, se necesita para cometer la manifiesta injusticia de ocuparse despectivamente del notable escritor uruguayo, autor de excelentes obras de arte y crítica, literato de vastísima cultura y uno de los fundadores de la inolvidable "Revista Nacional", que no tuvo nada absolutamente de "vaga", puesto que caracterizó una época intelectual de Montevideo, etc.". "La Revista Nacional" acogió en sus páginas las producciones de los más brillantes ingenios de ambas márgenes del Plata y aún de Hispano-América. Desconocer esto, importa tanto como negar una verdad axiomática. Pero en esto también el crítico argentino puede permitirse un rasgo de originalidad, afirmando lo que contradiga el sentir de todos. Diguémos solamente que en esa "vaga" revista, fueron insertas muchas de las

más brillantes páginas de su codirector, el eximio José Enrique Rodó, quien, más tarde, alcanzaría con ellas precisamente el renombre y la admiración universal. En esta "vaga" revista publicó el doctor Pérez Petit aquella serie de estudios sobre los nuevos escritores que entonces imponían su reyecía en el mundo intelectual, estudios que, reunidos luego en forma de libro bajo el título de "Los Modernistas", lograron para su autor el aplauso de algunos que saben un poco más de arte y de letras que el señor Coronado.

Por lo demás, el mismo señor Coronado se encarga de descubrírnos la sinrazón y temeridad con que ataca al doctor Pérez Petit, cuando nos da a entender que no hay nada que valga de lo que ha publicado en "un total de treinta volúmenes". ¿El señor Coronado ha leído esos treinta volúmenes? Pues ha realizado un estupendo milagro. Ni los más íntimos amigos del doctor Pérez Petit pueden vanagloriarse de haber leído esos treinta volúmenes. Y la razón de ello no puede ser más sencilla: el doctor Pérez Petit no ha publicado, entre libros y folletos, arriba de catorce volúmenes. Lo demás de su labor, lo conserva inédito.

Lo que ha pasado en realidad es esto: en uno de los últimos libros dados a publicidad por el escritor uruguayo, apareció en la anteportada la nómina completa de las obras de Pérez Petit; pero en la imprenta desentendieron distribuir los publicados y los que aún no habían sido dados a la prensa; y el señor Coronado, con esa buena fe que él mismo nos revela, dió por leídos todos ellos, y así, en bloc, los clasificó de malos. Este traspies del crítico argentino basta para descubrir a los lectores el valor y significación de sus ataques y demasías.

El señor Coronado se admira también de que en algunos de esos volúmenes se hayan recopilado hasta tres obras de teatro. El crítico de "El Hogar" debe

ser muy mal observador: tengo al alcance de mi mano algunas obras de don Jacinto Benavente, y puedo anotar, que el insigne dramaturgo español ha publicado sus obras a razón de tres y aún más por volumen; Martínez Sierra, como Linares Rivas, los hermanos Alvarez Quintero, etc., acostumbran a publicar una sola comedia en un volumen; pero, al dar a las prensas la edición de sus obras completas, hacen lo que todo el mundo, y lo que ha hecho el escritor uruguayo, es decir, imprimir varias obras en un volumen. ¡Qué delito hay en ello!

Coronado afirma en párrafos posteriores que Pérez Petit "vive en literatura, que camina en literatura, etc., etc.". Esto me revela, de una manera definitiva, que el articulista no conoce al aplaudido autor de "Entre los Pastos". Nada más antojadizo y contrario a la verdad que esas aseveraciones. El doctor Pérez Petit es, precisamente, uno de los pocos escritores uruguayos que no "posan" para la literatura. Vive encerrado en su casa y muy pocos son los que llegan hasta él. No pertenece a círculos ni camarillas; no va al café literario siquiera; no habla jamás de literatura. Para verle, para arrancarle una opinión, para tratar con él de asuntos de literatura, hay que lograr primero su amistad y asediarse después. Hablará de arte con Vaz Ferreira, con Zorrilla de San Martín, con Martínez Vigil y otros así, como antes hablaba con Rodó; pero, créalo el señor Coronado, con las demás personas, con los coronados y no coronados, habla de cualquier cosa, menos de literatura. En cuanto al círculo de amigos íntimos, a ese núcleo de amigos que rodea al doctor Pérez Petit, sin estar constituido por un "chauffeur, un mozo de tienda, un anarquista y un vendedor de quinielas y redoblonas", como el del señor Coronado, según propia confesión, lo constituyen personas de nuestra sociedad, desvinculados por completo del movimiento

literario: esto en cuanto a sus amigos habituales. Pero aquí, antes de pasar adelante, se me antoja que el señor Coronado ha cometido un error imperdonable al contar entre sus amigos a "un vendedor de quinielas y redoblonas". Hasta ahora, yo conocía sólo corredores, e individuos que llevaban jugadas de quinielas y redoblonas, pero, debo confesar que ignoraba que las quinielas y redoblonas se vendiesen. En adelante, modificaré mi criterio al respecto. He hecho esta pequeña observación, que carece en absoluto de importancia, siguiendo la "vía" crítica del señor Coronado. Después de leer su libro, es indudable que se me ha "pegado" algo.

Para no hacer muy extensas estas ligeras consideraciones sobre la personalidad del doctor Pérez-Petit juzgada por Coronado, diré, que a la opinión del crítico de "El Hogar", prefiero las de Julio Cejador, Miguel de Unamuno, Martiniano Leguizarón, Francisco Villacpesa, Juan Torrendell, Manuel Bueno, Mas y Pi, Eduardo Ferreira y tantos otros reputados escritores, que han juzgado con elogio la brillante personalidad del creador de "Los Modernistas".

Antes de terminar, me permitiré hacer algunas pequeñas observaciones de carácter general, que el señor Coronado me perdonará.

El léxico que emplea el crítico de "El Hogar", no es un dechado de perfección y de belleza. Dice, en su artículo sobre "La Ola", del poeta mejicano señor Médez Bolio: "Entiendo por drama de ideas, *aquel, en el cual, el autor...*". Este giro no acredita a un crítico severo. Además, el señor Coronado hay veces que no puede sustraerse al censurable procedimiento de los lugares comunes, como en el caso de las "campiñas", que para él son siempre "rumorosas", y que para mí, valen tanto como los "murmurios", sean del tipo que fueren, con que nos obsequia el señor Vicente A. Salaverri en "El hijo del león" o en "El hijo

de El León". El señor Coronado, además de lo de "campiñas rumorosas", que repite en la página 100 de su libro, nos dice que "el valor intrínseco es la moneda de la inmortalidad". Si Perogrullo viviera, es indudable que el señor Coronado reivindicaría para sí la gloria del descubrimiento. Y, para terminar, diré que el autor de "Crítica Negativa", bajo una actitud beatífica y a menudo ingenua, que pretende pasar por ironía fina y sutil, quiere, a nuestro entender, renovar la manera de los "Paliques". Pero, bien se advierte que no llegará, pues a pesar de que el señor Coronado no carece de ingenio, no tiene ni la preparación, ni la inteligencia, ni la autoridad que hicieron la gloria inmarcesible de "Clarín".

Y ahora, querido lector, vaya esta breve postdata: he escrito lo que antecede por puro "dilettantismo"; no por odio personal, contra una persona que me es desconocida en absoluto, ni porque el señor Coronado me haya hecho el honor de apalearme alguna vez. Las cumbres no descienden a cultivar el trato de las lomas; pero, desgraciadamente, a veces se ennegrecen con el brillo de las nieves eternas.

ALFREDO S. CLUIOW.

Julio 11 de 1923.

COMO UN ARO DE SÁNDALO

*Carne de las mujeres, fragante carne de oro,
hecatombe en que muéren mis dolientes sentidos;
entre mis dedos griegos gentilmente desfloro
como rosas de otoño los senos florecidos.*

*Ante la carne rubia más que todo el tesoro
que se encierra en las arcas de los favorecidos,
la carne me entristece, con ella sufro y lloro,
pero tras ella corro, como los poseídos.*

*Ante un cuerpo vendido mi dolor es profundo,
pero como ellos hacen la delicia del mundo
mi pobre carne flaca arde como un carbón.*

*Cuando supo mi boca de la miel femenina
me alcé vibrantemente y en la loca hornarina
como un aro de sándalo tiré mi corazón.*

ANTURO TORRES RIONDO.

DOS CAPÍTULOS

DON QUIJOTE

En toda la extensión de mis lecturas destaca la figura de Don Quijote como la de un semidiós, hijo de humana naturaleza, con esa fuerte y original ideología. No conozco nombre alguno creado por la genialidad humana que represente y sugiera con más eficacia y precisión el verdadero carácter de los espíritus esencialmente idealistas, que el bueno y generoso personaje del ilustre Manco de Lepanto, en su simbolismo sublime. Con rasgos aislados podrá haber muchos que lo igualen y hasta superen. Veremos en unos más perfección estética; en otros, más exacto sentido limitado de la verdad, que representan, más concisión y poesía, y aún, menos difuso divagar por senderos no siempre acataados por la crítica; pero, ningún personaje novelado más humano y universal que Don Quijote; ninguno que sugiera más nobles ideales en su actitud de defensor de los derechos hollados y la justicia escarnecida; ninguno más intrépido y generoso que él—y con generosidad espiritual, que es la más grande de todas generosidades—frente a todas las negaciones materialistas en pugna con sus ideales de loco iluminado y andariego.

“Ariel” es otra cosa; pues, aunque represente “en el simbolismo de la obra de Shakespeare, la parte noble y alada del espíritu”, eso no lo quiere Rodó, y aún cuando sea, asimismo, como lo es para él, “el imperio

de la razón y el sentimiento sobre los bajas estímulos de la irracionalidad; el entusiasmo generoso, el móvil alto y desinteresado de la acción", su misma espiritualidad y su vaguedad ideológica lo alejan de las masas humanas que es el medio de acción de Don Quijote. Don Quijote es lo universal, el espíritu idealizado de la humanidad en sus más nobles aspiraciones e ideales, como Sancho es parte de la masa oscura de su pueblo con todos sus defectos y todas sus cualidades.

He dicho que "Ariel" es otra cosa, porque el sentido real, vivo y humano del Quijote, está más próximo, más encarnado en la arcilla humana que el simbólico y espiritual hijo de Shakespeare, al servicio del viejo mago de "La Tempestad". "Ariel" es todo simbolismo, todo vaga abstracción, ideológicamente concebido en un estético espiritualismo sin el caudal de humana y palpitante vida que nos ofrece Don Quijote; porque éste sí, es viviente realidad, carne viva; carne de nuestra propia carne y con nuestra propia naturaleza; aun cuando nosotros, en las prácticas de la vida, nos sintamos mil veces inclinados a practicar acciones que son la negación de todo noble y generoso ideal, pues por algo es él superior arquetipo de la humanidad.

Todas las evoluciones humanas han sido siempre el fondo de la visión de un espíritu idealista, en lo que hemos llamado un visionario; porque todas ellas antes de pasar a la realidad, antes de hacerse carne a los ojos de las incautas multitudes, y, desde luego, mucho antes aún de arraigar en el espíritu de los pueblos, han vivido, a veces, muchos lustros en el cerebro calenturiento y más de una vez menospreciado, del que hoy llamamos con admiración un idealista. No importa que muchos de ellos hayan practicado luego materialismos negativos; en su fondo, originariamente, todos ellos, los precursores, los visio-

arios, sintiéronse impulsados por un dinámico idealismo.

Un como fuego sacro anima a estos espíritus de selección, Quijotes enamorados de una idea, hasta conducirlos a la meta de sus aspiraciones. Lo que en la penumbra de las masas humanas es enigma impenetrable, se torna en estos cerebros, luz meridiana en la impalpable lejanía de los tiempos. Tienen el don de las prolongaciones espirituales en la historia humana y son ellos los únicos profetas de las civilizaciones superiores, aunque no los ilumine la luz divina cuando el genio decora sus cerebros. Y doquiera surja un idealista, veréis como siempre toma, consciente o inconscientemente, el sendero del iluminado Don Quijote, el que vivió con su escudero en un eterno diálogo sobre el ideal, el interés y la vida.

IDOLOS E IDEALES

Interesante página sería la que un pensador desposeído de estrechos sectarismos, podría darnos sobre ídolos e ideales. Son ídolos para una parte de la humanidad los sentimientos que son ideales para otra y viceversa. ¿No cabe, pues, fijar en qué radica la diferencia real de los unos sobre los otros? Francamente, tarea es esa cuya realización es imposible, porque todo lo que hoy es ideal viviente de nuestra civilización—descartado, desde luego, el ideal religioso, que está con Jesucristo divino y humano, por encima de toda banal literatura—será mañana alternativamente valor caduco y valor positivo en la perspectiva inapreciable de los siglos, ya que la mayoría de aquéllos no representan más que un breve momento en la historia de los humanos.

¿Cabría argüir que el culto de los ideales conocidos, a veces gastados, repudiados otros, significa ca-

rencia de real personalidad, pues almas así espiritualmente formadas por extrañas influencias, poco pueden aportar a los más grandes ideales que van elaborando en los pueblos en permanente gestación, su verdadera personalidad colectiva? ¿Cabría negar eficacia a la contribución que cada uno aporta a la sociedad de que es parte? De ninguna manera, pues por el contrario, pienso que si es la ruta de los elegidos, de los que llevan en el cerebro la luz encendida de los inmortales, la que marca el derrotero a la mayoría de los humanos, en cambio, es de la diversidad de doctrinas y de la concepción de los más opuestos ideales que surge viva y palpitante esa personalidad colectiva.



La vida está hecha, indudablemente, de realidades e ilusiones, y acaso sería mejor aún decir, que se va desenvolviendo con ellas; pero como las unas y las otras, siguiendo una ley que los materialistas juzgan ineluctable en el sentido práctico y positivista de la vida, tienden a excluirse mutuamente, en saberlas combinar y darles cohesión más o menos forzosa o conveniente está el más trascendental problema para la dicha humana. Y aunque los desencantos lleguen haciéndonos amarga la existencia, el alma sedienta de ideales guardará siempre en su fondo, como violada caja de Pandora, una eterna esperanza. Y es que nunca es bueno vivir sin un pequeño caudal de caras y amables ilusiones, sin ídolos inofensivos que, si un día inesperado mueren, es casi siempre para ceder su puesto en el alma ingenua de las criaturas a un nuevo y pequeño dios terrenal que se ergue triunfante en las extensas latitudes del alma.

¿Por qué hemos de ocultar nuestra devoción o nues-

tro afecto a grandes y sencillos ideales que sentimos en la conciencia; a santas y puras ilusiones que nos animan y estimulan, si ellos—fuerza es confesarlo—forman el ánimo imponderable de nuestras más caras y nobles inclinaciones y de una felicidad huraña e inconquistable casi siempre, pero no por eso menos anhelada y perseguida?

Afirma Maeterlinck en un interesante capítulo de su admirable obra "La Sabiduría y el Destino" que "el alma no es, sin duda, sino el más bello deseo de nuestra inteligencia. Y Dios a la vez, acaso no es, sino el más bello deseo de nuestra alma." Hay en este pensamiento de manifiesta incredulidad religiosa, un dejo de espiritual misticismo, una implícita confesión de la necesidad de forjar ideales para la vida, aunque los hombres se tilden con el mote de idólatras y fetichistas los unos, de escépticos, positivistas y retardatarios los otros. De lo que se deduce, que lo que importa es amar con altura y abnegación; creer, tener fe en el ideal escogido para la devoción y el sacrificio, no decir que se ama y conservar el alma fría, huérfana del noble sentimiento que todo amor o inclinación profunda engendra en las almas bien nacidas, porque, entonces sí, nuestro culto será un culto fetichista, y nuestra actitud la de un hipócrita impostor.

Forjemos, pues, ideales para la vida y animados por un soplo de propulsor dinamismo, sea nuestra suprema aspiración la conquista de los más nobles y puros.

MANUEL AGUIAR.

LA MUERTE DE LOS TROVADORES

Novela del siglo XIII

La historia de la conciencia americana es la historia de la conciencia europea, pero esta historia común sólo está en Europa.

CAPÍTULO I

El agua de vida

Maese Teodoro Rodelet era célebre por sus curas, no sólo en Tolosa, ciudad de su residencia, sino también en todo el Languedoc, tanto en el Languedoc propiamente dicho, como en la Provenza, el Lemusin, el Delfinado, la Auvernia, el Rosellón, la Guyena y esas demás tierras del Sur de Francia, unidas más que por una lengua común, por un común monosílabo: *OC*. Y era célebre Rodelet, desde Limoges a Carcasona, desde Tarves a Bezier, Foix, Nimes, Narbona y hasta la misma Montpellier, emporio de la medicina *ubi font est artis phisicae*, que ya se insinuaba heredera de Salerno, la *Civitas Hippocratica*.

Al igual de casi todos los sabios de aquel incipiente siglo XIII, era Rodelet un espíritu universal, sumergido en la suma de los conocimientos. Pudo decirse de él, como años más tarde había de decirse de Alberto el Grande: *magnus in magia, major in philosophia, maximus in theologia*.

Pero no era un estéril solitario de la salubridad, un hermético. Estaba modelado en el reverso. Diríase un puerto abierto a todas las rutas; puerto de salud ha-

cia donde bogaban, impelidas por la esperanza, todas las barquillas de la humanidad doliente. Mezcla de charlatán y de concedor real de algunos misterios de la Naturaleza; mago a veces; herborista casi siempre; docto en saugrías; partidario decidido de los purgantes suaves, según la escuela árabe; celebrando consultas a menudo con las sombras de Hipócrates y de Galeno; ya leyendo sus diagnósticos en las orinas, según las reglas de la uroscopia, ya penetrando los misterios de la enfermedad con un golpe genial de intuición clínica, Rodelet era una necesidad social.

Habitaba, como muchos de los burgueses enriquecidos de Tolosa, una casa-castillo, algo semejante a las fortalezas erigidas en los campos por el señor feudal. Tolosa, como las demás ciudades libres del Languedoc, abundaba en aquellas fábricas de piedra, coronadas de cuadradas torres, adarves, almenas y demás arreos de una arquitectura de fuerza. Moléculas del Todo urbano, células que se habían asociado para formar el cuerpo de la ciudad, esos castillos o casas-fuertes tenían energía propia, individual. No se sabía si se miraban torvamente, enseñándose los dientes, o si se habían congregado para constituir una fuerza de cohesión capaz de oponer un núcleo vigoroso contra comunes enemigos. Tal vez una y otra cosa. Para el enemigo de fuera casi bastaba la cintura de piedra que envolvía el conjunto de la urbe, muro donde se estrellaban el poder del rey de Francia y el poder moral del Papa, ese terrible poder de la Iglesia que abatía las cabezas de los emperadores. Dentro de la ciudad, el burgués tenía que defender fueros y prerrogativas de su carta-puebla, a que hoy llamaríamos *self-government*. ¿Contra quién? Contra el egoísmo virtual del burgués de enfrente, y hasta quizá del instinto ancestral del propio conde, cabeza coronada de la autoridad de la República. Y en la to-

ro del castillo de cada burgués, velaba el derecho con el arma al brazo.

Pero en la torre del castillo de Rodelet, en vez del centinela de hierro, velaba el genio de su dueño sobre la salud de la ciudad. Vedle allí, entre sus matraces y tubos de alquimista, entre sus herramientas de quirurgo, pues no desleñaba cultivar el arte bastardo por los barberos; vedlo entre sus potes y relojas, embargado ahora en la contemplación de una nueva maravilla.

Sonríe.

Pero su sonrisa se ha cortado bruscamente. Es que acaba de penetrar en la torre, un severo censor. Porque Rodelet, oráculo de la ciudad, tiene un censor severo, un contradictor implacable. Y no es, como fuera de suponer, un sabio colega. Este censor es un ser dulce, delicado, de graciosa cabeza apenas asomada a la vida. Es Aurea, su hija Aurea.

Tení Aurea diez y ocho años. Pero contrastando con tanta juventud, ardía en sus grandes ojos negros, una llama singular, en la que parecían madurar prematuramente los frutos de su espíritu. Quizás el ejercicio continuado de las prácticas piadosas y su familiaridad con las cosas santas, era lo que imprimía a sus palabras una profundidad chocante.

Aurea miró silenciosamente a su padre. Luego detuvo la vista en un aparato extraño que estaba ante él. Era una retorta sobre un brasero encendido, y de la retorta emergía un largo tubo retorcido en tal forma que describía la línea arbitraria y loca de una serpiente epiléptica.

Rodelet fué el primero en hablar.

—Hija mía—dijo—llegas en un momento muy hermoso. ¿Ves ese líquido que cae gota a gota de la extremidad de ese tubo? Es *agua de vida*.

Era alcohol, que *agua-de-vida* llaman en lengua de Oe y lengua de oil. La joven replicó:

—Decid más bien *agua de muerte*; padre, porque estoy segura que eso también os lo han enseñado los judíos.

—Has adivinado, hija mía,—contestó Rodélet. Esto también lo debo a esos buenos y sabios amigos que tanto me han enseñado. Ya ves que no lo oculto. A lo mucho que les debía, es preciso añadir ahora el arte de la destilación. Y no sólo me lo revelaron con sus bocas, sino que me ayudaron con sus manos a aderezar este aparato que aquí ves, y al que llaman *alam-bique*.

—¡Esas mismas bocas colmaron de improperios al Hijo de Dios; esas mismas manos lo crucificaron! — exclamó la joven con exaltación. Abandona, padre — añadió suplicante — abandona la compañía de esos hombres, en la que endureces el corazón y pierdes la divina gracia!

¡Cuánto más grande hubiese sido el piadoso horror de Auroa, de saber que la ciencia de esos judíos no era cosa propia; que tenía una procedencia por la cual se duplicaba la impiedad! Los judíos, en efecto, no eran sino simples intermediarios, aunque aplicaban—fuerza es reconocerlo—gran celo en el comercio de esa mercadería intelectual, acicateados por la necesidad de defender su posición en tierra de cristianos. Su ciencia procedía del mundo árabe, extendido frente a Europa como una línea de batalla. Procedía, pues, de aquellos odiados sarracenos, adoradores de Mahoma: de aquellos malditos infieles contra los cuales la Europa cristiana había desatado desde un siglo atrás la tempestad trágica de las Cruzadas. ¡Las Cruzadas! ¡Do qué habían servido a la cristiandad esas gigantescas aventuras guerreras organizadas por los propios Papas! A pesar de ellas, y tal vez ¡oh sarcasmo! debido a ellas, la Media Luna árabe había hendido con un haz de rayos la inmensa sombra proyectada por la Cruz sobre el cielo de Europa. Ver-

dad que la Media Luna irradiaba una luz tenue; pálido resplandor lunar; luz de satélite, en una palabra: el sol habíase hundido siglos antes con Grecia, con Pérgamo, con Alejandría, de cuya sabiduría la ciencia árabe era un reflejo. Pero esa tenue luz era luz al fin, y había herido el espíritu de muchos cristianos, particularmente en el Languedoc.

Uno de esos rayos había penetrado en la torre de Maese Rodelet. Un ojo perspicaz hubiese podido verlo escintilar en los instrumentos de cirugía, rudos hijos probablemente del acero de un alfanje o de una cimitarra; saltar luego de los potes de ungüento a las redomas de jarabo; quebrarse después en algún viejo infolio del griego Aristóteles, resucitado por los árabes, o en el canon del médico árabe Avicenes; y aguzándose un poco, ese mismo ojo hubiese podido ver, cabalgando en el rayo lunar, a un duendecillo, mensajero de la magia y la uroscopia, de la astrología y el ocultismo orientales.

Viendo que Rodelet, ante las últimas palabras de su hija se había encogido levemente de hombros, disponiéndose a atizar el fuego de su alambique, Aurea pronunció gravemente estas palabras:

—Padre, no sois un buen cristiano.

Rodelet se volvió lentamente y abogó con displicencia:

—¿Por qué? ¿No soy acaso de las pocas personas distinguidas de Tolosa que no se avergüenzan de cumplir con sus deberes piadosos? ¿No conciento ostensiblemente a todas las ceremonias del culto cuando mis ocupaciones me lo permiten? Y harto sabes que todo esto menoscaba mi fama, no sólo en Tolosa, sino también en Bezier, en Carcasona, en Albi, sobre todo en Albi! ¿Puedes decir con justicia que no soy un buen cristiano?

Lo exterior, lo físico de la religión alcanzaba entonces para llenar las necesidades espirituales del co-

mún de los fieles. El pan eucarístico se masticaba... Así Rodelet, había dado razones demasiado materiales para piedra de toque de celo religioso. Pero Aurea, quien a fuerza de volver los ojos y el corazón hacia el cielo, había adquirido el don de las alas, dijo a su padre:

—Todo esto destruye todo eso que habéis dicho.

Y señalaba, hablando así, los materiales de trabajo y los viejos infolios de Rodelet.

El médico replicó con calor:

—Pues te equivocas, te engañas profundamente! Todo esto me sirvo para llenar de una manera excepcional mis deberes de cristiano. ¡No es la Ley del Señor amar al prójimo! Pues bien, hija mía, todos estos desvelos que yo me tomo, todos estos trabajos y estudios tienen una finalidad de amor al prójimo, pues gracias a ellos me es dado aliviar algunos males, curar algunas enfermedades de nuestros semejantes.

—Padre—replicó Aurea—el poder de curar no se adquiere así. Es don de Dios. Recordad cómo curaba Jesús. Le bastaba levantar la diestra y decir al parálitico: ¡anda!, al ciego: ¡ve!, al leproso ¡limpiate! Y el parálitico andaba, el ciego veía y el leproso se limpiaba de sus pústulas y lacras.

Rodelet inclinó la cabeza meditativo. Y dijo luego, como monologando:

—Al parálitico le curaré con ese espíritu pyrocético, que tal es el verdadero nombre del agua-de-vida; al leproso con esos ungüentos que allí están; y al ciego...

La palabra expiró en sus labios. Una sombra, como la que desciende sobre los ojos de los ciegos, anubló la frente de Rodelet. Y éste, después de un largo rato, dijo con acento de dolorosa impotencia:

—Al ciego, sólo lo cura Dios...

—¡Ay, padre, perdónadme, pero yo creo que nada podréis curar por vos mismo!—dijo Aurea con tanta

dulzura que parecía querer neutralizar mediante tan tierno acento, tan desconsoladoras palabras. Y añadió:

—Sólo Dios cura, padre; y si alguien en la tierra ha merecido algo de su divino poder, Dios lo ha legado a los santos varones que visten los sagrados hábitos. Por eso los sacerdotes son los únicos mortales que pueden curar nuestras dolencias.

Rodelet sonrió. Recordaba que cierta vez fué requerido para asistir al rey de Francia, quien se hallaba postrado por grave dolencia. Recordaba que cuando llegó a la Corte de Felipe Augusto encontró el lecho del encambrado enfermo envuelto en una nube de sacerdotes-médicos, a cuyo frente se hallaba el célebre canónigo Rigord, a modo de médico de cabecera. Y habiendo relatado el episodio a su hija, cerró tal relato con estas palabras:

—El rey se moría... Y yo, yo solo, hice lo que todos aquellos ungidos del Señor juntos, no habían sido capaces de hacer. ¡Yo lo curé, hija mía!

—Os asistió la mano de Dios, padre,—dijo la joven con convicción.

—¡De manera—ironizó Rodelet—que Dios retiraba sus ejecutorias a aquellos santos varones, para distinguirme a mí únicamente, concediéndome, entre todos, el poder de curar al rey! ¡A mí, mísero seglar! ¡A mí, un discípulo de los judíos! No, hija mía. Cuando Dios quiere hacer un milagro, lo hace, pero nosotros—¡pobres hombres!—no somos nunca los instrumentos de su poder infinito. No nos necesita, ni para instrumentos!... Nosotros no podemos hacer más que aquello que hemos aprendido.

Inesperadamente la voz de Rodelet adquirió aquí mayor firmeza. Y exclamó con enérgico acento:

—¡Eso sí, podemos aprender mucho! No tiene límites lo que podemos aprender! ¡Y día llegará en que también aprendamos a hacer milagros!

Rodelet se irguió. Su alta figura parecía acrecentarse aún. Y un fuego que no era el de la fe religiosa; un fuego desconocido lo inflamaba. Era el fuego de una nueva fe que prendía en los espíritus fuertes de aquel caótico pero fecundo siglo XIII. Y prendía con fuerza extraordinaria, con vigor audaz. Era la fe en el hombre, en su grandeza moral, en la razón; era el Pensamiento que despertaba con la energía de la simiente caída en tierra virgen.

Aurea hizo un gesto que era de sorpresa y de consternación, al tiempo que exclamaba:

—;Padre, he visto la soberbia brillar en vuestros ojos y la he oído restallar en vuestras palabras! No olvidéis que Dios abate las cabezas que se yerguen y levanta las que se abaten!

No, no era soberbia la suya; era la expresión de un hondo sentimiento de dignidad. Y Rodelet contó a su hija, a manera de apólogo, de cierto siervo que había conocido en tierras de un barón. Era este siervo, modelo de su clase servil, trabajador y fiel. Y sobre dichas cualidades brillaba su humildad, como virtud específica de su condición de siervo. Pero un día este ser humilde levantó la cabeza, y fué un león. Acababa de saber que en sus venas bullía sangre de reyes.

Y comentó Rodelet:

—La humildad, su virtud de siervo, hubiese sido su baldón de señor. Su nuevo estado exigía una nueva cualidad: la contraria. Así yo, que conozco mi divino origen; que sé que esta llama que arde en mi cabeza es chispa de Dios, debo tener un profundo sentimiento de dignidad, de aprecio de mí mismo. No, no es soberbia la mía, querida hija; es la conciencia de lo que soy, de lo que puedo. Para que aprecies la omnipotencia de la razón, voy a recordarte otro suceso del que también fui testigo, y que ha dejado profundas huellas en mi corazón, tan profundas, que en las horas de desaliento, cuando siento flaquear las fuerzas de mi

cabeza, el recuerdo de aquel suceso me conforta y me sostiene.

Calló un instante Rodelet para aunar sus recuerdos. Luego preguntó:

—¿Sabes lo que es el *Sic-e-non*? Es el pro y el contra de las cosas, que maneja la razón según su voluntad soberana. Por el *pro*, la razón prueba que una cosa existe y que es de tal naturaleza; por el *contra*, si luego así le place, vuelve a probar con la misma evidencia que dicha cosa no existe, o que, existiendo, es de naturaleza contraria. ¿No es esto una prueba palpable del poder infinito y, por lo tanto, divino de nuestra razón?

Aurea abrió tamaños ojos asombrados, y si creyó que un demonio se había metido en la cabeza de su padre, no se engañaba. Porque ese demonio hacía de las suyas en muchas cabezas de aquel tiempo, y era el mismo, seguramente, que siglos antes había tomado por asalto las cabezas de los sofistas griegos.

—Cuando estuve en París—prosiguió Rodelet—debido a la enfermedad del Rey Felipe Augusto, sentí curiosidad por oír a un tal Simón de Tournay, cuyo nombre era llevado y traído en lenguas de las gentes. Y concurri a escucharlo en el Claustro de Nuestra Señora. Me parece que estoy viendo aquello. El claustro rebosaba de concurrencia, entre la que me indicaron a muchos extranjeros que habían ido a París desde lejanas tierras para oír la palabra de aquel célebre doctor.

Y contó Rodelet cómo el concurso hallóse suspendido de los labios del orador. Su palabra proclamaba la verdad de la religión de Cristo. Y jamás la verdad tuvo acentos más convincentes, ni el panegírico voces más sublimes.

—Cuando calló el orador—prosiguió diciendo Rodelet—reinaba tal silencio en el claustro, que un ciego

lo hubiese creído vacío. Todos nos sentimos transportados, suspendidos, deslumbrados.

Sin duda, el gran corazón cristiano de la multitud allí congregada, sintiéndose así tan magníficamente robustecida en su fe, latía con nueva confianza en sus destinos. Pero de pronto, rasgando aquel silencio como una espada hunde la carne, resonó de nuevo la voz del doctor. Y Rodelet, con el mismo fuego con que debieron salir de labios de Simón de Tournay, repitió éstas sus palabras:

—¡Oh, buen Jesús, buen Jesús, cómo he elevado tu Ley! ¡Pero si yo quisiera, podría con más facilidad rebajarla!

¡Cómo era posible tanta audacia resonando en las propias bóvedas de Nuestra Señora! ¡Cómo aquel auditorio cristiano podía tolerar que así se jugara con su fe, con aquella terrible fe que había hecho el sangriento milagro de las Cruzadas! Era que aquel doctor, si bien monoscababa la vieja fe, en cambio, robustecía una fe naciente; la fe en el poder de la razón humana. Y si una fe naufragaba en los mares de la dialéctica, en cambio se encendía un fanal sobre las olas, el que orientaba hacia un nuevo mundo espiritual.

Cuando Maese Rodelet hubo pronunciado las palabras rebosantes de soberbia de aquel audaz doctor, Aurea exclamó con acento de convicción profunda:

—¡Dios lo castigará, padre!

Nada respondió Rodelet; nada pudo responder. Al conjuro de las palabras de su hija cobró inesperado sentido en su conciencia, el fin lamentable que cupo al cerebro vigoroso de Simón de Tournay, quien se había vuelto idiota. Y a tal punto apagáronse las luces de su cabeza, que gran trabajo costó al hijo del célebre doctor hacerle aprender nuevamente el Padre Nuestro. Pero aquel desenlace, al que Rodelet no había concedido hasta entonces significado especial,

le le acababa de presentar como un motivo torturante de duda. ¡Era el castigo de Dios del que había hablado Aurea! ¡Terrible sarcasmo el de Dios! Pero se guardó muy bien de hacerle saber a su hija este final; quería luchar solo contra la duda que casi le vencía... ¡A dónde había ido a dar su robusta fe en la razón humana? No olvidemos que Rodelet respiraba la atmósfera de aquellas épocas que hoy se ha convenido en llamar Edad Media, atmósfera saturada de religión, de sentimientos místicos, de preocupaciones supersticiosas, de terrores y beatitudes. Y aunque en su cerebro la simiente de la razón había germinado con fuerza, sus raíces eran demasiado superficiales, y la matilla audaz estaba a punto de ser arrancada de cuajo.

Rodelet callaba. Aurea, lejos de adivinar la tormenta desencadenada en la conciencia de su padre, atribuyó su silencio al deseo de dar por terminada aquella disputa, que no era más que un episodio en la larga y continuada acción en que chocaban sus espíritus. Pero no quiso abandonar el campo sin hacer un nuevo y tierno requerimiento. Entretanto el tubo sinuoso del alambique seguía vertiendo gota a gota, como con avaricia, el precioso espíritu.

Y dijo Aurea, lanzando al líquido que caía, una mirada de desprecio:

—¡Agua de vida, agua de vida...!

Y volviéndose a Rodelet:

—Agua de vida, padre, no existe más que una. Nuestro Señor la brindó a la Samaritana, diciéndole: "Aquel que beba de esta agua, no tendrá más sed por los siglos de los siglos..."

Y dejando tras de sí esas palabras, salió Aurea de la estrecha torre donde su padre se empeñaba en apartar de su boca el cántaro del Evangelio. Padre e hija no tenían otros motivos de desacuerdo. Una gran ternura los unía. Para Rodelet aquellos desacuerdos

eran solamente una pequeña cuestión de conciencia. Pero, sin embargo, ambos sentían que algo grande se iba interponiendo entre sus almas. Era que en aquel hogar se estaban librando las escaramuzas de una gran batalla: la batalla entre la fe y la razón, entre la religión y la ciencia.

CARLOS M. PRINCIVALLE

GLOSAS DEL MES

Un discurso

Encuentro en páginas de tersura admirable—donde no auidará jamás el polvo del oivido—una frase hermosa como las diosas de Fidias; pura y plena de verdad como el alma blanca del niño, como la conciencia serena del bueno; fresca y lozana como flor de primavera recibiendo el beso del rocío bajo la diana del Sol.

“Amamos lo bello en su sencillez”, afirmó un día radiante de entusiasmo el Genio de la Hélode Inmortal. Y el nuevo concepto—hostil a medida de tiempo y espacio—se esparció victorioso por el haz de la tierra e influye, aún hoy, en nuestro espíritu con la fuerza e integridad de las primeras horas.

Se diría que pasa sobre él—como sobre una estatua de mármol—el desplazar de los siglos: ennobleciéndolo sin destruirlo.

Yo invoco ese numen creador, como expresión de causa porque yo encuentro—dentro de los contornos nobles y sencillos de este acto—un alto significado de belleza, un alto exponente moral, que es mi anhelo destacar y enaltecer.

Sin negar el libre albedrío, creyente y devoto, por el contrario, de la actitud espontánea, yo os declaro, empero, señores, que es inclinación natural y necesidad de mi espíritu, percibir la razón de las cosas, hacer la filosofía de la voluntad, buscar el contacto con

el antecedente generador, con el elemento raíz o inicial de nuestra acción.

Es que, señalar atributos en la vida colectiva o individual es dar la razón de ser más profunda y sustancial de cada actitud. Es que detrás de cada hecho, detrás de cada acto, de cada página que enseña, o de cada palabra que exalta, aparece siempre como motivo determinante, lejano o inmediato: un pensamiento que crea, como aleteo de genio inspirador, o un corazón que palpita anheloso, como alma que se ensaña...

Así esta fiesta que ofrece el Colegio Nacional de Escribanos, conmemorando el 57.º aniversario de su fundación. Encierra, en la brevedad de sus líneas, un largo y prestigioso antecedente, que hunde sus raíces en la gesta de la Historia, vive las necesidades del presente e infiere hacia adelante en la medida en que lo actual puede influir y penetrar el alma incierta del Futuro. Y contiene, en contraste con la apariencia epicúrea que imprime formas a este acto, un inmenso caudal de valores morales; valores de una clase o gremio; el saber, la honradez, la verdad más absoluta,—triángulo sagrado del alto ministerio social que ejerce el escribano;—y valores de un carácter más general, numen y sustancia de una gran causa solidaria, síntesis perenne de armonía y amor, índice erguido por encima de las fronteras nativas, marcando un designio supremo y eterno: más fuerte que nuestra vida; más permanente que la vida de las generaciones: ¡la confraternidad argentino-uruguayana, señores!

Así, esta fiesta que ofrece el Colegio Nacional de Escribanos, tiene un significado particular y nacional; como exteriorización entusiasta del Notariado Argentino, que agrega, con júbilo, una página más al libro de oro de sus antecedentes ejemplares, estrechamente vinculados al progreso y engrandecimiento de esta gran República, honra y orgullo de todo un con-

tinente. Y representa, por la presencia en ella de la delegación uruguaya que tengo el honor de presidir, un exponente de mayor expresión moral, de exteriorización más comprensiva: la vibración intensa de nuestras almas hermanas, que modeló con gesto de dolor y sonrisa de gloria, la dura prueba de un mismo sacrificio; que nutrió y fortificó la conciencia de un mismo destino; que iluminó y guía como una antorcha siempre encendida, un ideal de grandeza y afirmación en el porvenir, palpitando al unísono en el corazón de nuestros pueblos!

Un ilustre argentino, que me honra con su amistad,—y con quien tengo establecida íntima convivencia espiritual, a través de sus libros y por virtud de mi afinidad para sentirlo y admirarlo—ha auscultado en lo hondo el alma de nuestro Pasado de Gesta y proclamado, con la alta autoridad de su palabra—que alcanza, como su pensamiento, elevaciones de cumbre—la unidad política y moral de los territorios, que constituyeron el antiguo Virreinato, bajo la égida del numen revolucionario de Mayo y del núcleo mayor, que representa, en el orden del tiempo y de la historia, su tradición heroica y su linaje principista.

Comprendería, señores, sin esfuerzo, que he hablado de don Ricardo Rojas, gloria Vuestra, gloria argentina y por argentina, gloria nuestra, gloria uruguaya; como vuestra y argentina también es la gloria de nuestro Rodó, el maestro de sano optimismo, el gran forjador de almas fuertes en la Juventud de América; el gran predicador de acentos cristianos con belleza y serenidad del mundo helénico, cual si hablase a sus discípulos, en una tarde del Pórtico, bajo el cielo de Grecia y el auspicio de Palas Atenea, la diosa de ojos azules...

Y bien, señores: Los hombres pasan. Las generaciones se suceden. El pensamiento se renueva. La vida de los pueblos, en cambio, es permanente.

Yo no sé qué suerte reservará el rodar incierto de los acontecimientos a la proposición del autor de "La argentinidad". Yo no sé si los ciudadanos del futuro de América, lo serán de una gran confederación que realice el sueño gigante de Bolívar; si los países de hoy, conservarán sus fronteras actuales; si la división territorial responderá algún día a la ley del determinismo histórico y serán reconstituidos,—formando grandes Estados—los núcleos que separó y caracterizó: primero, la conquista, y después el régimen colonial.

Yo no considero probable—ni menos próxima—la modificación del mapa político de América.

Mi credo actual es otro: creo en la unidad moral de América; creo en su futura grandeza y en su destino luminoso, cuando eje del mundo, cerebro pensante, nervio de toda actividad superior, sea el centro magnético de la civilización y el progreso universales; cuando su nombre señale un período de perfección en la vida de la sociedad; cuando su nombre se inscriba en el gran libro de la Historia, junto al de los pueblos escogidos,—directores de la Humanidad en su marcha incesante y eterna;—inmensa por el camino realizado, infinita por el espacio a recorrer.

La confederación política, desde Panamá al Cabo de Hornos, desde el Atlántico al Pacífico,—el sueño gigante de Bolívar—no la verán, quizás, realizada, las generaciones vivas. Si organizarla resultó difícil al Héroe epónimo, al genio inquieto del Libertador, y en la hora propicia de la infancia de América, por que obstáculo fué, ya entonces, el localismo que el régimen de los Cabildos nos legó y acrecentó la emulación de nuestros caudillos, la dificultad tiene que ser necesariamente mayor, en la época presente, cuando

al espíritu regionalista,—que aún subsiste y es *ley natural de accesión*—deben sumarse los intereses materiales creados por un siglo de existencia independiente.

Mi credo es otro: creo en la unidad moral de América; creo en nuestra tierra fértil, prorrada de jugos nuevos; creo en nuestra cosecha abundante; creo en los trigales dorados de nuestros campos y en "el trigal divino de nuestro ensueño"; creo en nuestro patriotismo, en nuestra sensatez, en la conciencia de nuestra responsabilidad ante la historia; creo que no existen entre los pueblos de América más diferencias que las determinadas por una noble emulación de *ser* y *crear*: el que produzca más, el que trabaje mejor, el que aporte el caudal mayor de riqueza y prestigio a la causa del Progreso continental, será el preferido, el más digno, el más fuerte, el más respetado; para él serán nuestros vítores, nuestras palmas, nuestros homenajes; creo, en fin, señores, en la armonía superior de nuestras almas, en el concierto de nuestros intereses, en la paz inalterable de América, como en el reino de Dios...

Nuestro sentimiento de Patria es afirmativo: no niega ni excluye.

La unidad moral que proclamamos, el concepto de una magna Patria Americana, no son contrarios al espíritu nacionalista de cada región, al sentimiento de adherencia al suelo que evoca nuestro pasado—con su poesía del recuerdo;—que presencia nuestras luchas, nuestros dolores, nuestras ansias, nuestros afanes.

Es que, en el sentir uruguayo—y en el orden de su extensión moral en el espacio—la Patria se cierne por encima de la estrechez de las fronteras nativas,

para alcanzar y confundir, en una cosa gran confederación de espíritus, a todos los pueblos del Continente, hermanos por el origen solidario y el Ideal común, bajo el cielo sereno y sin nubes de América y el auspicio de la Cruz del Sur, abriendo sus brazos inmensos en prenda de Paz y Armonía!

Y si esta es la situación que ocupa el Uruguay en el concierto continental; y éste el sentir de mis compatriotas para los demás pueblos de América, ¿qué decir de nuestros sentimientos para con vosotros, hijos del noble pueblo de Mayo, ciudadanos de la gran Nación Argentina?

¿No son más profundos y más fuertes los motivos de nuestros impulsos fraternales? ¿No es más idéntica y más solidaria, la razón de ser de nuestra existencia política?

Las Piedras, las Misiones, Ituzaingó, — aurora y punto culminante de la independencia de mi Patria — ¿no son luces de primera magnitud en la brillante constelación de nuestra común historia?

“Todo lo que da fundamento real a esa idea de una Patria: la comunidad del origen, del idioma, de la tradición, de las costumbres, de las instituciones, de los intereses, de los destinos históricos; y la contigüidad geográfica.” ¿No existo entre nuestros dos pueblos, en forma más particular, más intensa, más definitiva?

Y en este caso, el lenguaje del corazón, ¿no influye y manda, borrando las marcas materiales, las divisiones artificiosas, los límites de los Tratados?

Argentinos-uruguayos: nuestra unidad moral, la solidaridad de nuestros pueblos, ¿no es una realidad absoluta, más eficaz, más poderosa que todas las fórmulas políticas? ¿No os sentís ligados por un pacto instintivo, inherente a vuestra propia naturaleza, que tiene raíces en vuestras propias entrañas?

Señores:

Leopoldo Lugones, gloria vuestra, gloria argentina y por argentina, gloria nuestra, gloria uruguaya, dijo un día: Que el Sol había salido por donde tenía que levantarse, por el lado del Oriente, por el lado de mi tierra.

Ese Sol que se levanta en el Oriente,—que es calor y vida, fuego y eternidad—es el que os traemos de mi tierra y os ofrendamos.

Es nuestro símbolo, Hermanos Argentinos: ¡representa la santa e impercedera alianza de nuestros espíritus!

HÉCTOR ALBERTO GIRONA.